

te; un libro poblado y cruzado de libros; pastores que escenifican su romance frente al Caballero y pequeños volúmenes como el del *Curioso impertinente* aguardándolo en alguna posada. Los libros viven aquí, son personas: receptores de múltiples aventuras, de odios y enamoramientos, de raptos súbitos y de rechazos no menos pasionales; son personas —según podría instruir el Caballero a su escudero— que viven sus aventuras tal si fueran enigmáticas damas perdidas en lo más oscuro de la Sierra Morena o en la mayor soledad de los campos de Castilla.

Parodia, sátira, intertextualidad, metapoética, autorreferencialidad. . . las diversas figuras o vías por las que un discurso se alimenta de otros cuerpos verbales van concertándose en el más barroco y feliz de los entramados narrativos. *Don Quijote* crece siendo libro de sí mismo y de muchos más. Qué locura para Alonso Quijano que acaso nunca ha salido de su biblioteca. Valerosas aventuras que invaden la anécdota narrativa y ahí prosperan. . . *es la ficción. . . lo que da la pauta de la realidad*, explica Lara Zavala.

Acaso Borges, modelo de cervantistas y de narradores que despliegan y armonizan distintas historias en un solo texto, tampoco haya salido nunca de su biblioteca. Es la historia de los lectores que obtienen su vida de los libros que les salen al paso. ¿Y hay algo más borgesiano que el pulcro epílogo de seis páginas con que Lara Zavala cierra su estudio? ¿Quién escribe ahí esa imagen vigorosa, novelesca de Miguel de Cervantes "en el año de 1569. . . en Italia en la casa de su protector Giulio Acquaviva. Tiene a la sazón veintidós años y un destino incierto. No sabe aún si va a ser poeta, diplomático o soldado." ¿El cuentista o el estudioso inserta, intercala este momento narrativo al final del ensayo? ¿No es la literatura siempre, en todas sus disciplinas y épocas, el oficio de intercalar historias? Narrar es cruzar historias. ♦

Hernán Lara Zavala. *Las novelas en El Quijote*. UNAM (Biblioteca de Letras), 1989.



ESCULTURA AZTECA

EL POETA LEE EN LA PIEDRA

Vicente Quirarte

Las excavaciones en nuestra ciudad a partir de 1978 para rescatar el Templo Mayor demostraron que la reconstrucción de la gran Tenochtitlan hecha con base en testimonios de cronistas, en poco distaba del original. La escritura cumplió las funciones de la inexistente fotografía; las narraciones, hiperbólicas o reales, vividas o relatadas, constituyeron durante mucho tiempo el modelo para quienes no estuvimos ahí. Este poder de las palabras lo conoce y practica Rubén Bonifaz Nuño; de ahí que ponga sus conocimientos iconográficos y su maestría verbal al servicio del combate contra el tiempo, a través de la lectura que hace de ocho piezas fundamentales del arte lapidario de los antiguos mexicanos.

Escultura azteca en el Museo Nacional de Antropología continúa el trabajo que Bonifaz había iniciado en *El arte del Templo Mayor* (México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1981). Ambos proponen la lectura de una cosmogonía, una estética y una manera de ser a partir de formas que la escultura eterniza. Pero si en el primer libro Bonifaz describía las piezas, en *Escultura azteca* . . . su prosa parece poseída por el objeto del cual parte; como si pretendiera dotar a cada uno de sus objetos verbales del alma geométrica que anima la pieza elegida, logra que su escritura se pliegue a los contornos y aristas, luces y sombras del objeto. Dos ejemplos: cuando habla del chapulín, su prosa se compacta, se anilla, se constriñe a la manera en que el escultor anónimo fijó la anatomía del insecto; cuando llega su turno al ocelote, Bonifaz tensa y muscula sus palabras para expresar la fuerza implacable del felino, ese corazón enorme que bombea la energía universal.

Bonifaz lleva así a la práctica aquel consejo de Rodin a su alumno Rilke: mirar las cosas con tanta intensidad que éstas nos revelen su verdad profunda. De tal modo, mediante la palabra que esculpe en el aire y se graba en el oído, Bonifaz reestablece la alianza que propone toda obra de arte. Aunque a Bonifaz se deben estudios es-

pecializados y pioneros donde el humanista mexicano propone sus teorías particulares y novedosas sobre las representaciones prehispánicas, como en *Imagen de Tláloc* y un estudio sobre los olmecas actualmente en la imprenta, en *Escultura azteca* . . . ha preferido que su visión sea la del espectador desnudo, sin pretensiones eruditas. La sabiduría iconológica de Bonifaz se desvanece para dar paso al enamorado de las formas que la escultura gana al tiempo. El libro se recorre también con la vista, a través del espléndido trabajo fotográfico de Fernando Robles: la rugosidad de la roca volcánica en la cabeza de serpiente o el ocelote, la pulida perfección de la diorita en la calabaza o el chapulín.

La propuesta de Bonifaz Nuño para acercarse con nosotros a las representaciones que los aztecas hicieron de sus animales y sus deidades es simple y profunda. El libro comienza con una frase que nos resulta familiar: "Esta es la representación escultórica de una serpiente." Con palabras semejantes Antoine de Saint-Exupéry inicia en *El principito* sus confesiones sobre sus dibujos de la serpiente que devora un tigre o de aquella otra que ha tragado un elefante. En su sericéfimo juego, Saint-Exupéry planteaba uno de los problemas más arduos de la representación artística, que Bonifaz emprende con éxito: transmitir con los elementos precisos la fuerza interior de los seres y las cosas.

Bonifaz establece que las esculturas aztecas son grandes acumuladores de energía. A partir de esa idea rectora, el poeta que en *El corazón de la espiral* levantaba fastuosos edificios verbales a partir de la escultura de Ángela Gurría, en *Escultura azteca* . . . revive bestias, vegetales, hombres y deidades. Como antes lo hizo en sus paráfrasis a los *Poemas a Lesbía* de Cayo Valerio Catulo, Bonifaz busca, en sus lecturas de la lapidaria de nuestros ancestros, que el objeto artístico adquiera las luces que nosotros —ciegos— somos incapaces de ver. Soberana y sabia, dúctil y sólida, la prosa de Rubén Bonifaz Nuño establece a través de los siglos la correspondencia y el temblor sagrados que la obra de arte infunde en nuestra temporalidad profana. ♦

Rubén Bonifaz Nuño. *Escultura azteca en el Museo Nacional de Antropología*. Fotografías de Fernando Robles. Diseño gráfico de Chac. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Colección de Arte 43, 1989, 140 pp.